

PAUL DOWSWELL

# AUSLÄNDER

Traducción de Irene Saslavsky



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D. F.  
Montevideo • Quito • Santiago de Chile

Título original: *Ausländer*

Traducción: Irene Saslavsky

1.ª edición: septiembre, 2009

Publicado originalmente en 2009 por Bloomsbury

© 2009, Paul Dowswell

© 2009, Ediciones B, S.A.,  
en español para todo el mundo  
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-4134-0

Depósito legal: B. 26.948-2009

Impreso por Novagràfik, S.L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Ruth e Ilse, que escaparon,  
y también para Hannah*



*Varsovia, 2 de agosto de 1941*

Piotr Bruck tiritaba de frío mientras esperaba junto a otros veinte chicos desnudos en el largo pasillo barrido por corrientes de aire. Sus ropas formaban un desordenado fardo que abrazaba contra el pecho tratando de protegerse del frío. Hacía un día nublado de finales de verano y la lluvia caía desde la madrugada. Piotr veía que el chico escuálido que lo precedía en la fila también tenía carne de gallina y tiritaba, tal vez de frío, quizá de miedo. En la cabeza de la fila dos hombres vestidos con almidonadas batas blancas estaban sentados ante una mesa. Realizaban un somero examen de cada chico mediante unos instrumentos extraños. Algunos chicos eran enviados a la habitación situada a la izquierda de la mesa. A otros los despachaban en tono cortante a la de la derecha.

Habían ordenado a Piotr y los demás que guardaran silencio y no se dieran la vuelta. Piotr se obligó a mantener la vista al frente. Tenía tanto miedo que no sentía el cuerpo y todos sus movimientos le parecían anormales y forzados. Lo único que lo mantenía en el aquí y el

ahora era un agudo dolor en la vejiga. Piotr sabía que sería inútil pedir permiso para ir al lavabo. Cuando los soldados irrumpieron en el orfanato y obligaron a los chicos a levantarse y montar en un camión que los aguardaba, había pedido permiso para ir. Pero la única respuesta fue un bofetón por hablar cuando no le tocaba.

Habían pasado dos semanas desde la primera vez que los soldados acudieron al orfanato, y desde entonces habían vuelto en varias ocasiones. A veces se llevaban a varones, otras a chicas. Algunos chicos del abarrotado dormitorio de Piotr se habían alegrado de que se marcharan.

—¿Qué nos importa? Habrá más comida para nosotros, y más espacio —dijo uno.

Sólo unos pocos regresaron; los que estaban dispuestos a contar lo que había ocurrido murmuraron algo acerca de ser fotografiados y medidos.

Ahora, un poco más allá, Piotr vio que en el pasillo había varios soldados de uniforme negro, esos con insignias en forma de rayo en el cuello. Algunos sujetaban perros: fieros pastores alemanes que tiraban de sus cadenas. Ya había visto hombres como éstos, los mismos que acudieron a su aldea durante la contienda, y también había visto de lo que eran capaces.

Había otro hombre que los vigilaba. Llevaba la misma insignia en forma de rayo, pero más grande y destacada en el bolsillo superior de su chaqueta. Estaba de pie junto a Piotr, era alto, de aspecto autoritario y mantenía los brazos cruzados a la espalda mientras supervisaba el misterioso procedimiento. Cuando se dio la vuelta, Piotr vio que sostenía una fusta. Una mata de cabello oscuro le cubría la parte superior de la cabeza, pero a los costados, siete u ocho centímetros por encima de las orejas, llevaba el pelo cortado al rape, al estilo alemán.

Observaba a los chicos a través de unas gafas de montura negra y asentía o negaba con la cabeza a medida que recorría la fila con la mirada. Piotr notó que la mayoría de los chicos eran rubios como él, aunque algunos tenían el cabello más oscuro.

El hombre tenía el aspecto seguro de sí mismo de un médico, pero a Piotr le recordaba a un granjero que examina sus cerdos y se pregunta por cuál obtendrá el mejor precio en el mercado de la aldea. Al ver que el muchacho lo miraba fijamente, frunció los labios y le indicó que mirara hacia delante con un movimiento breve y semicircular del dedo índice.

Ahora sólo había tres chicos entre Piotr y la mesa, y pudo oír fragmentos de la conversación entre los dos hombres sentados.

—¿Por qué trajeron a éste? —dijo uno, y alzó la voz para dirigirse al chaval que tenía delante—. Rápido, a la derecha, antes de que te pegue una patada en el culo.

Piotr avanzó unos pasos. Vio que la habitación de la derecha conducía directamente a otro pasillo y a una puerta abierta que daba al exterior. Por eso había tanta corriente. Más allá vio un carro cubierto del que asomaban rostros jóvenes y huraños, y guardias con las bayonetas caladas en los fusiles. Volvió a sentir un coscorrón en la nuca.

—¡Vista al frente! —gritó un soldado. Piotr estaba tan aterrado que creyó que se lo haría encima.

Había una caja grande apoyada en la mesa, con una inscripción en negro:

*RAZA Y ASENTAMIENTO*  
*OFICINA PRINCIPAL*

Ahora Piotr ocupaba el primer lugar de la fila, rezando para que no lo enviaran a la habitación de la derecha.

Uno de los hombres de bata blanca y almidonada lo miraba directamente. Sonrió y se volvió hacia su compañero, que sostenía un extraño artilugio que a Piotr le recordó unas tenazas largas y delgadas. Había varias encima de la mesa. Parecían siniestros instrumentos médicos, pero no estaban destinadas a ensanchar o mantener abiertos los orificios del cuerpo o las incisiones quirúrgicas: a lo largo de sus lustrosos bordes acero se veían centímetros marcados.

—No merece la pena que nos molestemos —le dijo el hombre a su compañero—. Es idéntico a ese chico que aparece en el póster de las Juventudes Hitlerianas.

Rápidamente le midieron el ancho de la cara con las tenazas y, con una sonrisa, el hombre le indicó que fuera a la habitación de la izquierda. Piotr se apresuró a obedecer. Allí había otros chicos vestidos que aguardaban. A medida que su terror disminuía empezó a sentirse como un tonto, desnudo y aferrado a sus ropas. En la habitación no había soldados, sólo dos enfermeras: una gorda y maternal, la otra joven y menuda. Piotr se ruborizó. Vio una puerta donde ponía *Herren* y entró corriendo.

Cuando el dolor en la vejiga desapareció, Piotr sintió un enorme alivio. No lo habían enviado a la habitación de la derecha ni al carro cubierto. Estaba allí, con las enfermeras. Encima de una mesa había un plato con galletas, vasos y una jarra de agua. Se acercó a una ventana y se vistió a toda prisa. Había llegado al orfanato vestido con las únicas ropas que poseía y ahora le habían dado otras. A veces se preguntaba a quién habría pertenecido el mugriento jersey y esperó que le hubiera quedado pequeño a su anterior propietario, no que éste hubiera muerto.

Piotr echó un vistazo a los otros chicos. Reconoció varios rostros, pero allí no había nadie a quien hubiera considerado un amigo.

Oyó que alguien plegaba la mesa de madera en el pasillo. La selección había terminado. Cuando la enfermera mayor batió palmas y les dijo que prestaran atención, los últimos chicos se vistieron con rapidez.

—Niños —balbuceó en polaco con un fuerte acento alemán—. Caballeros muy importantes aquí, para hablar. ¿Quién hablar alemán?

Nadie dio un paso adelante.

—Vamos —dijo sonriendo—. No ser tímidos.

Piotr percibió que esa mujer no le haría daño, dio un paso al frente y se dirigió a ella en un fluido alemán.

—Vaya, eres muy listo —le contestó ella en alemán, rodeándole el hombro con un brazo rollizo—. ¿Dónde aprendiste a hablarlo?

—Mis padres, señorita. Ambos hablan... —hizo una pausa y balbuceó—: hablaban alemán.

La enfermera lo abrazó y Piotr trató de reprimir las lágrimas. En el orfanato nadie lo había tratado con tanto afecto.

—Bien, ¿cómo te llamas, *mein junge*? —preguntó, y entre sollozos Piotr balbuceó su nombre—. Cálmate, joven Piotr —susurró la enfermera en alemán—. El *doktor* no es el hombre más paciente del mundo.

El hombre alto de cabello oscuro que Piotr había visto en el pasillo entró en la habitación. Se colocó junto a la enfermera y le preguntó cuál de los chicos hablaba alemán.

—Deme un momento con éste —dijo ella, y se volvió hacia Piotr para decirle suavemente—: Sécate las lágrimas. Quiero que les digas a estos niños lo que dice el *doktor*.

Le pellizcó la mejilla y el muchacho se quedó esperando nerviosamente que el hombre empezara a hablar.

—Soy el *doktor* Fischer... He de deciros algo muy

importante... Habéis sido elegidos como candidatos... para el honor de ser recuperados por la Comunidad Nacional Alemana... Os volverán a examinar... para comprobar vuestro valor racial... y si realmente sois dignos de semejante honor... Algunos de vosotros no lo seréis y os volveremos a enviar con vuestra gente.

Hizo una pausa y les lanzó una severa mirada de maestro de escuela.

—Los que seáis considerados como *Volksdeutsche* (de sangre alemana) seréis llevados a la patria... donde os buscaremos buenos hogares y familias alemanes.

Piotr sintió una pizca de excitación, pero los otros chicos se espantaron. En la habitación reinó el silencio. El *doktor* Fischer se dio la vuelta y se marchó. Entonces se produjo un alboroto de llantos y gritos enfadados. De inmediato, el *doktor* regresó a la habitación y golpeó la puerta con la fusta. Junto a él había dos soldados.

—¿Cómo os atrevéis a reaccionar con semejante ingratitude? Asistiréis a mis ayudantes en este procedimiento —gritó, y el bullicio se desvaneció instantáneamente—. Y no creo que queráis formar parte de los que se quedan aquí.

Piotr gritó esos comentarios finales en polaco. Estaba demasiado concentrado en traducir aquel torrente de palabras y no notó que se le acercaba un chico enfadado que le propinó un puñetazo en la cabeza y lo derribó.

—¡Traidor! —le espetó, mientras un soldado se lo llevaba a rastras.

## 2

Piotr y los demás chicos fueron llevados a un dormitorio espacioso y muy limpio del mismo edificio. Les entregaron toallas y jabón y les permitieron tomar un baño caliente en una habitación con una hilera de bañeras y grandes ventanas de cristal esmerilado. Allí, en esa habitación llena de vapor, Piotr se sentía atrapado en una burbuja formada por su propia desolación. La cabeza le estallaba de dolor por el golpe recibido y se tocó el chichón, pero al menos no sangraba. ¿Se habría equivocado al presentarse voluntario como intérprete? Pero los otros chicos tenían que saber lo que decía el *doktor* y la vieja enfermera no dominaba el polaco como para explicarlo.

Piotr sintió que la rabia lo invadía. Él nunca se había considerado completamente «polaco» y sus padres siempre se sintieron como extranjeros en Polonia. Estos alemanes le daban miedo, con sus modales bruscos y sus ocasionales exhibiciones de aterradora violencia. Pero a lo mejor tenían razón al «recuperarlo». Ciertamente, era mejor que ser enviado a ese espantoso orfanato una vez más.

Piotr se sintió aún peor y muy avergonzado cuando las enfermeras se acercaron y le aplicaron una loción de fuerte olor a producto químico en el cuero cabelludo.

—Es para los piojos —respondió la más vieja a la pregunta del muchacho—. Todos los chicos del orfanato están infestados.

Después del baño les dieron ropa limpia, leche caliente y pan, y permiso para recostarse en las camas del dormitorio. Sus nuevos pantalones eran demasiado cortos, pero al menos no apestaban a moho y mugre como la ropa que llevaba antes.

Les proporcionaron libros y revistas para leer, pero la mayoría eran en alemán. Piotr leyó *Signal*, la revista de las fuerzas armadas alemanas. Algunos artículos trataban de los soldados alemanes en Francia y Holanda: cenas en los Campos Elíseos o bailes a los que asistían con las muchachas del lugar. Pero la mayoría pregona los éxitos del ejército alemán en la Rusia soviética. Algunos chicos le preguntaron de qué iban los artículos: ahora no les molestaba su capacidad de entender el alemán.

A mediodía volvieron a convocarlos a todos y la enfermera gorda se dirigió a ellos en un polaco vacilante para decirles que si volvían a agredir a Piotr serían castigados.

—Sé que ser preocupados —dijo—. Pero ninguno chico debe golpear a chico Piotr que hablar alemán y polaco —añadió, agitando una larga palmeta de bambú. Parecía demasiado bondadosa para cumplir con la amenaza, pero intentaba protegerlo en la medida de lo posible—. ¿Comprendido?

Piotr esperó que le hicieran caso. Además de las dos enfermeras, sólo había un soldado para supervisarlos.

Aguardaron en el dormitorio durante todo el día y los iban llamando de uno en uno. Pero esta vez regresaron tras media hora, al menos casi todos. Cuando regresó el primero, todos lo contemplaron con expectación.

—Han vuelto a medirme —dijo, encogiéndose de hombros.

Durante la espera les sirvieron comida caliente: guiso y patatas y pudín de pan con semillas de amapola. La comida era rica; en comparación con las sopas aguachentas y el pan duro del orfanato, aquello era un banquete. Piotr empezó a sentirse reconfortado y menos apesadumbrado.

Pero no todos los chicos recuperaron la tranquilidad. El que ocupaba la cama de al lado se hizo un ovillo y se balanceó de un lado a otro. Piotr se sentó a los pies de su cama.

—Creo que no tenemos por qué preocuparnos —dijo—. ¿A que es agradable no estar siempre hambriento?

—Me da igual que nos sirvan *golabki* y *pierogi* con cucharas de oro —repuso el otro—. No quiero ir a Alemania, con todos esos *zboks* nazis...

Entonces la enfermera joven se asomó a la puerta y pronunció el nombre de Piotr. Lo acompañó hasta un pequeño despacho adjunto al dormitorio y le apoyó una mano en el hombro. El despacho estaba ocupado por el hombre de la bata blanca que había bromeado acerca de que Piotr parecía un chico salido de un póster de las Juventudes Hitlerianas. Le sonrió y le indicó que se sentara. Le habló en alemán y le explicó que registrarían su aspecto con el fin de incluirlo en un estudio científico. Que no debía tener miedo, no había motivo de preocupación.

Una voz autoritaria llamó al hombre; Piotr se quedó a solas y echó un vistazo en torno. Había una mesa donde reposaban los extraños objetos parecidos a tenazas que ya había visto antes y otros objetos curiosos. Uno parecía una caja de lápices alargada que se abría mediante una bisagra en el extremo estrecho y que contenía varios ojos de distintos colores. Parecían tan reales que Piotr se estremeció.

Otra alargada caja de latón contenía mechones de cabello dispuestos de izquierda a derecha y numerados del uno al treinta, de los más oscuros a los más claros. A diferencia de los ojos, los mechones eran de pelo auténtico y Piotr trató de imaginarse las cabezas a que pertenecían. «El mechón más claro debe de ser de un finlandés», pensó: no conocía a nadie más cuyos cabellos fueran de un rubio casi blanco. Se preguntó si el mechón más oscuro pertenecería a un judío: algunos de sus amigos judíos de Polonia tenían el cabello muy oscuro. En la tapa de la caja había una etiqueta escrita en letra gótica:

*Instituto Kaiser Wilhelm De Antropología,  
Herencia humana y Eugenesia*

De la pared colgaba un paño blanco delante del cual había una silla de aspecto extraño: disponía de un collarín metálico y en el asiento había tres protuberancias alargadas separadas por la misma distancia. Mientras Piotr se preguntaba qué sería eso, el hombre regresó.

Se disculpó por hacerlo esperar y su cortesía sorprendió al chico. Los alemanes que había visto en Polonia trataban a los habitantes de Wyszkw, la aldea de Piotr, con odioso desprecio. No se trataba de que los Bruck fueran considerados polacos: habían sido «reclasificados» como de etnia alemana poco después de la invasión. Pero un día sí y el otro también, los soldados alemanes se dirigían a los habitantes del lugar como si fueran perros o animales de granja.

El hombre volvió a sonreír. Sacó un formulario impreso de su portafolio y empezó a tomar notas detalladas. Nombre, edad, antecedentes familiares... las preguntas habituales. Después cogió los mechones de pelo

y los ojos de cristal, y el pelo rubio, las cejas y los ojos azules de Piotr fueron comparados y catalogados.

Le dijo que se sentara en el centro de la silla, con el cuello apoyado contra el frío collarín de metal. Resultaba muy incómodo, porque la protuberancia central coincidía con la raja de sus nalgas.

—Es para que te pongas derecho para la foto —bromeó el hombre—, así que no te repantigues como un polaco perezoso.

A Piotr no le hizo gracia, pero al menos aquel hombre lo trataba amistosamente.

Éste miró a través del visor y lo fotografió de frente y de perfil; el destello del *flash* lo deslumbró momentáneamente. Después le dijo que volviera a desnudarse. Piotr obedeció con rapidez y se alarmó al comprender que debía volver a colocarse delante de la cámara para que le tomaran tres fotos más.

—Estás muy delgado —dijo el hombre—. Esos polacos no te han alimentado bien. Demasiados judíos a los que dar de comer, ¡que privan a buenos chicos alemanes como tú de una alimentación correcta! Pondremos fin a ello.

Piotr se vistió, tembloroso y nervioso. ¿Se suponía que había de contestarle? Consideró que lo mejor sería mantener la boca cerrada. En un formulario impreso el hombre apuntó las medidas del cráneo de Piotr, el ancho y el largo de la boca, las orejas y la nariz. A veces hacía dibujos detallados de algún rasgo, de la forma de las orejas, de los orificios de la nariz y de los párpados sin dejar de murmurar y hacer gestos de aprobación. Parecía especialmente satisfecho con la medida de la parte superior del cráneo, desde la frente hasta la nuca.

—Dame las manos —dijo, y abrió una caja de latón que contenía una almohadilla entintada. Las impresiones de la palma y los dedos quedaron en otro formulario.

El hombre le indicó que volviera a sentarse en la otra silla y volvió a marcharse con los formularios en la mano. Después regresó acompañado del *doktor* Fischer.

Esta vez el *doktor* le sonrió. Era una sonrisa helada, y su mirada era fría, pero Piotr supuso que procuraba ser amable.

—Tú, amigo mío —dijo el *doktor* en alemán—, eres un magnífico espécimen de la juventud nórdica. Háblame de tus padres. Dime cómo es que acabaste viviendo allí con esos polacos.

—Mi padre es... era... de Prusia —dijo Piotr en tono nervioso. No quería hablar de sus padres, era demasiado duro, demasiado doloroso... y tampoco sabía si sus palabras no le causarían un problema—. Los miembros de su familia trabajaron como agricultores en Prusia desde tiempo inmemorial —prosiguió—. El padre de mi madre era de Baviera y se casó con una chica polaca.

El hombre hizo un gesto de desaprobación y Piotr se preguntó si estaría contándole demasiados detalles de su historia, pero Fischer lo escuchaba con mucha atención y tomaba notas en un formulario.

—Bien, bien —dijo—. Dime todo lo que sepas.

—Mi madre nació en Polonia, pero la familia volvió a trasladarse a Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Mi madre también proviene de una familia de agricultores. Sus dos hermanos murieron en la guerra y, al morir sus padres, ella heredó la granja de la familia. En realidad, mis padres no querían ir a Polonia; ambos se criaron en Alemania, pero la granja era grande y disponía de una casa solariega, así que vinieron. Yo nací un año después de su llegada.

—¿Y qué delante hizo que acabaras en el orfanato? —preguntó el *doktor*—. ¿Acaso no estabais registrados como *Volksdeutsche*?

—Sí. En cuanto llegaron los soldados, comprendieron que mis padres eran alemanes y no polacos por su acento. Nos apuntaron inmediatamente en la Lista de Personas Alemanas —dijo Piotr, empezando a indignarse—. Se lo dije a los del orfanato y les pregunté quién cuidaría de la granja, pero no me hicieron caso.

—Sí —dijo el *doktor* con expresión severa—. Hablaré con el infeliz que dirige el orfanato. Estoy convencido de que tu documentación se ha perdido. En los dos últimos años hemos recuperado a dos millones de polacos de ascendencia alemana, así que no me sorprende que te nos hayas escapado. Ahora dime qué les ocurrió a tus padres. —Empezaba a parecer irritado.

—Mis padres murieron la noche de la invasión soviética. Estaban de visita en casa de unos amigos, fue la primera vez que decidieron salir de noche y dejarme solo en casa. Mi padre dijo: «Ya tienes trece años, Piotr, confiamos en ti. Además está *Solveig* (nuestro perro pastor escocés), que te cuidará.»

Piotr notó que el *doktor* había dejado de escribir y lo miraba con impaciencia. Era obvio que dicha información le resultaba innecesaria. El muchacho interrumpió su relato.

—Jamás regresaron y una semana después me enviaron a Varsovia, al orfanato.

El *doktor* habló en tono sincero.

—Algunos soldados quieren que te quedes aquí para hacer de intérprete, pero creo que te mereces algo mejor. Recomendaré que te lleven al Reich y te encuentren una familia alemana decente, ansiosa por adoptar a un buen hijo alemán. Conozco una y me pondré en contacto con ellos de inmediato.

—¿Qué pasará con la granja? —preguntó Piotr.

—¿Tienes hermanos o hermanas? ¿Algún pariente?

—Tengo primos, tías y tíos por parte de madre, pero todos están en Alemania.

—¿Los conoces bien?

—No. Cuando mi madre heredó la granja, los otros miembros de la familia se enemistaron con ella y dejaron de dirigirla la palabra. No conozco a ninguno de ellos.

—Tendremos que descubrir quién se hará responsable de la granja mientras sigas siendo menor de edad —dijo el *doktor*—. Así, cuando seas mayor, dispondrás de una propiedad.

Piotr se quedó estupefacto. Todo eso era demasiado extraordinario como para asimilarlo de golpe. El día anterior se estaba muriendo de hambre en un maldito orfanato y dormía en un dormitorio con veinte hileras de cuatro camas cada una. Ahora le ofrecían una vida completamente distinta. A Piotr le disgustaba la actitud del *doktor*, pero le encantaba que le dijeran que era especial. Empezó a creer que encajaría en Alemania. De pronto no veía la hora de largarse.

Durante un par de semanas, Piotr se convirtió en el alumno estrella del centro de detención. Sabía que no se quedaría allí por mucho tiempo. Los demás tendrían que someterse a un largo proceso de «alemanización», aprender el idioma a martillazos y dejar de ser esclavos, pero en su caso no sería necesario.

A partir de la mañana en que fueron seleccionados, les prohibieron a los chicos que hablaran en polaco, y a algunos les dieron azotes en las nalgas con un cinturón delante de los demás, por seguir hablando en su idioma. Los meses venideros serían arduos para ellos.

—El polaco es una lengua sólo apta para esclavos —anunció el *doktor* Fischer cuando el primer día llegó

a su fin—. Sois de origen alemán (recuperados por la Comunidad Nacional), así que sólo hablaréis en alemán.

Los chicos fueron separados en clases según su capacidad. Unos entusiastas estudiantes voluntarios recién llegados en tren desde Berlín empezaron a enseñarles el idioma alemán. El único que no tuvo que asistir a clase fue Piotr, puesto que consideraron que su alemán ya era lo bastante fluido.

Mientras los otros asistían a clase de alemán, a él le dieron permiso para leer en el dormitorio o el jardín. Enfrascado en la revista *Signal*, Piotr descubrió que el ejército alemán había conquistado la zona occidental de Polonia, ocupada por los soviéticos en 1939, y que también habían conquistado Ucrania. Ya estaban a mitad camino de Moscú. La revista rebosaba de fotografías de campesinos cargados de cruces e iconos religiosos que daban una jubilosa bienvenida a los sonrientes soldados que atravesaban sus aldeas.

Cuando los otros chicos salían de clase, los más pequeños rodeaban a Piotr para practicar las palabras recién aprendidas.

—*Eins, Zwei, Drei... Vier... Fünf*—repetían, y Piotr les corregía la pronunciación.

Feliks, el chico que lo había golpeado el primer día, sólo permaneció allí durante una quincena. Se negó a aceptar su sino y se escapó dos veces, sólo para ser devuelto a rastras por los soldados, que lo apalearon en presencia de todos.

—Algunos de vosotros sois como perros salvajes que se niegan a ser domesticados—dijo el *doktor* tras el segundo intento de huida de Feliks—. Algunos no merecéis el honor de ser ciudadanos alemanes. Feliks Janiczek ha sido devuelto al orfanato.

Feliks no le había caído bien a Piotr, pero no pudo evitar sentir lástima por él. La comida era muy escasa. Seguramente, todos los niños del orfanato morirían de hambre. Piotr consideró que Feliks era un estúpido testarudo. Le ofrecieron una oportunidad y él la rechazó. Polonia estaba acabada. Alemania era el futuro.

Al día siguiente, el *doktor* Fischer convocó a Piotr y le dijo que él también se marcharía pronto.

—Te enviaremos a casa, al Reich. En Landsberg hay un centro para chicos como tú. La familia que tengo en mente para ti, Piotr, está en Berlín, donde ocurre todo lo importante. Estoy dispuesto a recomendarte personalmente y confío en que no me decepcionarás.

*Entre Varsovia y Landsberg,  
24 de agosto de 1941*

Piotr apoyó la frente contra la ventanilla del tren y contempló los llanos campos de Europa del Norte. Estaba cansado y de vez en cuando se le cerraban los párpados, la cabeza se vencía hacia delante y se despertaba de golpe. Su aliento empañó el cristal y lo limpió con la manga de su nuevo jersey.

Viajaba junto con *fräulein* Spreckels, la enfermera bonita del centro de detención, que lo riñó.

—Eso no es un trapo, Piotr. Has de aprender a tener más cuidado con tu ropa.

La *fräulein* le había dicho que llegarían a Landsberg por la noche. Si todo salía bien, tras un par de semanas estaría en un nuevo hogar, uno de verdad.

Por la otra vía, un tren militar pasó atronando hacia el este; en una plataforma delante de la locomotora llevaba varios cañones antiaéreos. En los vagones de pasajeros, Piotr alcanzó a ver soldados que dormían, bebían y jugaban a las cartas. Algunos cantaban y, cuando pasaron junto a él, logró oír sus voces por encima del tra-

quieto del tren y el resoplido de la locomotora. Parecían muy animados.

Al ver los cañones en la plataforma delantera del tren militar, Piotr se preguntó si ellos también sufrirían un ataque aéreo. Había oído hablar de los daños que un bombardero lanzado en picado podía provocar en una aldea y sabía que un tren era muy vulnerable a cualquier avión.

—¿Por qué este tren no lleva cañones para protegernos, *fräulein* Spreckels?

—¿Quién podría atacarnos? —contestó ella, riendo—. Nuestros muchachos destruyeron gran parte de las fuerzas soviéticas en los primeros días de la invasión. Y los aviones ingleses no pueden llegar hasta aquí.

A medida que el tren avanzaba, el paisaje al otro lado de la ventanilla empezó a cambiar. Las granjas y los campos dieron paso a calles y casas apiñadas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Piotr.

—En el Wartheland —contestó ella con orgullo—. ¡Ahora estás en casa, en Alemania! Todo este territorio ha sido recuperado de Polonia.

Cuando el tren trazó una curva vieron las agujas de las iglesias y las torres del centro de la ciudad.

—Conozco este lugar —dijo Piotr—. Estuve aquí en otra ocasión. Es Lodz.

*Fräulein* Spreckels le lanzó una mirada severa.

—Ya no es Lodz, Piotr. Ahora se llama Litzmannstadt.

El tren hizo una breve parada en la estación y ella bajó al andén para comprarle pan y jamón a un vendedor ambulante.

—No te escaparás, ¿verdad? —le preguntó; sólo bromeaba a medias.

—Quiero ir a Alemania. ¿Por qué habría de escaparme?

Piotr vio que todos los carteles de la estación estaban

escritos en alemán, en letra gótica. Ya no había nada que sonara a polaco, pero cualquier escolar sabía que antes de la invasión Lodz era la segunda ciudad más grande de Polonia.

Contempló a *fräulein* Spreckels tiritando en el andén, azotada por el frío viento otoñal procedente del Báltico. A sus espaldas se veía la sala de espera y en la puerta había un cartel donde ponía:

PROHIBIDA LA ENTRADA DE POLACOS,  
JUDÍOS Y PERROS

«El humor de los alemanes es muy cruel», pensó, pero ahora sería uno de ellos y tendría que acostumbrarse.

Siempre se había sentido como un extraño en Polonia. Aunque había nacido allí y hablaba polaco como un nativo, tuvo que aguantar las burlas por parte de los matones del colegio, que lo llamaban «Adolfki». Todos aquellos cambios borrarían la sonrisa de sus estúpidas caras. Iría a Alemania para vivir una vida mejor y ellos quedarían atrapados en Polonia, esclavos en su propio país. Eso le levantó el ánimo, pese a que pensar cosas de esa índole siempre lo hacía sentir un poco culpable.

Veinte minutos después el tren volvió a arrancar. Piotr nunca había estado más al oeste de Lodz y sentía una gran curiosidad acerca de los lugares que recorrían. Cuando entraron en la vieja Alemania —la tierra que había sido Alemania antes de la invasión de 1939— el cambio fue inmediato. Las granjas y los campos parecían cuidados y prolijos. La guerra no había afectado a las aldeas y ciudades. Era una tierra próspera donde reinaba la abundancia.

*Fräulein* Spreckels le dijo que en Litzmannstadt otros veinte chicos habían subido al tren para ir al albergue *Lebensborn*, en Landsberg.

—¿Te gustaría conocerlos?

Piotr se encogió de hombros. Se conformaba perfectamente con mirar por la ventanilla y se preguntó si ella se estaría aburriendo. Lo acompañó hasta otro vagón y se presentó a las enfermeras que viajaban con los otros chicos y los dos soldados que los vigilaban.

—*Guten Tag* —saludó Piotr. Todos le contestaron tartamudeando. Se sintió incómodo e instintivamente se dirigió a ellos en polaco—: *Dzien dobry*. —Buenos días.

Uno de los soldados se puso de pie y alzó la mano para golpearlo. *Fräulein* Spreckels se interpuso y, en tono enfadado, le ordenó que se sentara. Después se volvió hacia Piotr.

—Recuerda que no debes hablar en polaco —le advirtió en tono severo.

Piotr se ruborizó y después se indignó. Claro que tenían que aprender a hablar alemán si iban a vivir allí, pero de momento, ¿qué tenía de malo hablarles en polaco? Eso quiso replicar, pero entonces recordó el horrible orfanato y se obligó a callar.

En el ambiente flotaba una amenaza de violencia. Algunos chicos parecían asustados, otros mostraban una actitud desafiante, apretando los labios con rebeldía y lanzando una mirada retadora a cualquiera que se atreviera a dirigirles la palabra. Pero la mayoría adoptó una actitud cauta, como Piotr. Cualquier posibilidad de entablar una conversación se desvaneció como el vapor de la locomotora.

*Fräulein* Spreckels acompañó a Piotr hasta su propio vagón, ambos ansiosos por alejarse de aquel bruto soldado.

—Has de tener cuidado —le susurró ella—. Sé que no lo hiciste adrede, pero podrías causarte problemas a ti mismo, y también a los otros chicos.

El incidente había agriado el ambiente y pasaron las siguientes horas sumidos en un incómodo silencio.